

VIAJE A EL CAIRO



La carretera a El Cairo es una larga autopista de densidad diabólica poblada por camiones humeantes, automóviles de desecho y otros de lujo máximo y carretas tiradas por acémilas. Y una moto con matrícula española bajo la placa temporal egipcia. Todos ocupando la misma recta de asfalto que se proyecta sobre el desierto infinito y cuyo final se difumina por la reverberación solar en un vaporoso y plateado espejismo. Hacía allí me dirijo recorriendo dos carriles estrechos sin arcenes y una mediana sin obstáculos que de vez en cuando los coches y camiones invaden para hacer abruptos cambios de sentido de infarto. **MIQUEL SILVESTRE**



Son 221 kilómetros feos y sin interés. Voy lejos del cauce del Nilo. Solo veo desierto. La autovía está rodeada de una nada amarillenta y con los arcenes llenos de basura. Los conductores arrojan impunemente los desperdicios desde sus coches. Todos van expeliendo densas nubes de humo negro que envenenan el aire. No me divierte nada este tramo y solo quiero llegar. Cuando diviso las primeras luces de El Cairo, ya es de noche y el tráfico se vuelve literalmente horrible. Los vehículos forman un muro compacto que prácticamente reptan.

Poco a poco, muy poco a poco, casi arrastrándome, avanzo hacia el centro rotonda a rotonda. Estoy rodeado de una muchedumbre infinita. El Cairo es otra de esas macro urbes que han crecido como un tumor infectado en las últimas décadas con masas expulsadas del campo por la falta de oportunidades. La multitud se hacina en una ciudad sobrepasada, incapaz de acogerla. El peligro ronda en cada metro. Los caiotas conducen con sus coches abollados. En los atascos se empujan unos a otros para abrirse paso. Las bocinas suenan como si fueran artillería abriendo fuego sobre el enemigo. Las rotondas son la selva y las motos somos víctimas con las que nadie tiene piedad.

Al amanecer hay menesterosos limpiando carísimos coches deportivos aparcados de cualquier modo sobre las aceras. Los más pobres lavan los millones de los más ricos. Una densa espuma queda sobre el asfalto, es el residuo que deja la cotidiana ceremonia. Intento saltar sobre los charcos mientras troto delante de estos intocables. En El Cairo viven pobres como no he visto todavía en otras ciudades y no los veré hasta que meses después llegue a la India. Veo por doquier viejos que no tienen quien les asista y cuya miseria es odiosamente visible. También veo salir de los hoteles a los turistas occidentales camino de las pirámides, el Museo Egipcio o la Esfinge. Con sus cámaras fotográficas y sus bermudas, levitan indiferentes sobre la extrema pobreza.

CONDUCIENDO POR EL ALEPH

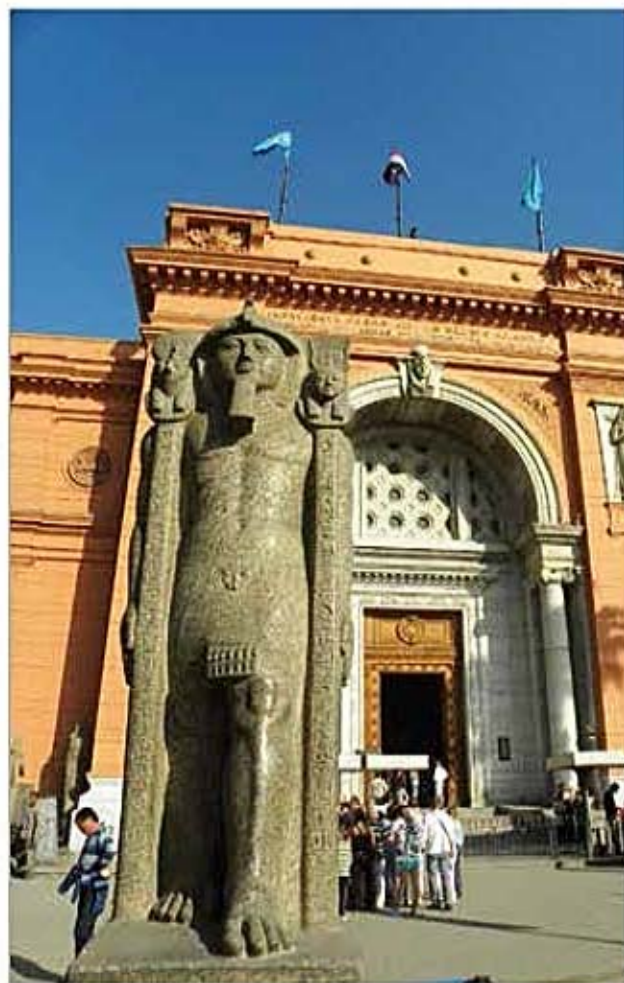
El Cairo es el Aleph de Borges. Allá donde se mire se contemplan escenas prodigiosas, diversas, distópicas, maravillosas o deleznable. Mercaderes a la puerta de sus negocios, jugadores de ajedrez urbano, transeúntes multiformes, vendedores de comida callejera, taxistas enfurecidos, hombres de negocios, mujeres embozadas en velos islámicos y mujeres en vaqueros ajustados y mucho pintalabios. El Cairo es un país en sí mismo muy distinto a Egipto.

En un semáforo me cruzo con una extraña procesión. Un grupo de negros uniformados con monos de inmaculado y niveo blanco camina con escolta policial hacia

un inmenso mausoleo burocrático del centro administrativo. Es un altísimo túmulo de muchas ventanas, un rascacielos gris que pareciera tragarse la extraña columna de galeotes. El taxista que tengo al lado y que chapurrea inglés (todos los taxistas de El Cairo lo hacen) me explica que son inmigrantes ilegales atrapados en el Sinaí camino de Israel, o en el desierto de Sudan camino de Egipto. Los detienen y encarcelan antes de expulsarlos sin miramientos.

¡Emigrantes ilegales en un país tan miserable como este! Me sorprende unos instantes antes de caer en la cuenta porque he visto que existen países aun más miserables que Egipto. Para los habitantes del Cuerno de África o de Sudán del Sur, El Cairo es Manhattan. La pobreza es siempre un vaso comunicante. Hay gente tan desesperada más al sur que cruzarán el Sahara a pie para venir a un lugar tan pobre como Egipto por que objetivamente estarán mejorando sus expectativas, aunque estás sean ser encarcelado en una cárcel egipcia.

-Los africanos no son los únicos que vienen ilegalmente-continúa el taxista su explicación-. En el Sinaí operan mafias que llevan rusos a Israel.



Museo de Egipto.



Pienso que muchos de estos desgraciados deben morir en ese desierto y a los que sobreviven no les espera un centro de internamiento de extranjeros como los que hay en España, sino que los encadenan y meten presos en condiciones que imagino inhumanas. Afortunadamente, el atasco se mueve y puedo acelerar y alejarme de mis propios y oscuros pensamientos para dedicarme a actuar. Todavía tenemos mucho que hacer.

Paso la peor noche posible. Tengo fiebre, escalofríos y calor. Un calor horrible. Luego me siento congelado. No consigo descansar. Duermo a saltos, a intervalos de apenas media hora, despierto tiritando o sudando. La mayor parte del tiempo la paso en un duermevela de aturdimiento y dolor de cabeza. Me tapo, me aso, me destapo, sudo, me congelo, tiemblo, tiritó, me asfixio, toso, me pican los mosquitos, fuera hay un ruido atronador y dentro del cuarto los jodidos insectos zumban cerca de mis oídos. La enfermedad es siempre el peor enemigo del viajero. Me siento incapaz de hacer nada, de valerme por mí mismo y sin saber exactamente si es una simple gripe o un letal virus africano. Cuando me preguntan que es lo más duro de los viajes en solitarios, siempre respondo lo mismo: estar enfermo.

La noche ha sido terrible pero al amanecer, aunque estoy molido, siento que la fiebre ha bajado. Poco a poco la crisis va pasando, recupero el ritmo vital, aunque persiste la diarrea como el dinosaurio de Monterroso. Tengo Fortasec en el botiquín pero no quiero tomarlo. Cortar la descomposición artificialmente supone no expulsar el

patógeno, de modo que prefiero sufrir la cagalera pero limpiarme por dentro lo mejor posible. De todos modos, me niego a la resignación o a permanecer más tiempo en este odioso hotel. Decido hacer de tripas corazón y salir a recorrer El Cairo como un turista más.

LA MALDICIÓN DEL FARAÓN

El Museo Egipcio es un bello edificio neoclásico en la plaza Taharir, donde ocurrió la revolución. Fue inaugurado en 1902 y supuso el comienzo del fin de una época euro centrista que se llevaba los tesoros arqueológicos de oriente a occidente. Los grandes museos europeos poseen un fenomenal legado arqueológico proveniente de Asia y Oriente Medio. El Pergamo de Berlín se construyó ex profeso para albergar las babilónicas Puertas de Ishtar. Inaugurado en 1930, el enorme complejo es perfecto ejemplo de una época euro céntrica que otorgaba a Occidente derecho a tutelar Oriente. También a llevarse sus tesoros. Entonces se pensaba que en un museo estarían mejor protegidos. Y también estaba cultural y socialmente aceptada la opinión de que franceses, ingleses o alemanes, en cuanto que ciudadanos civilizados, merecían disfrutar de ellas más que un pastor nómada.

La exposición es inmensa, tanto que abruma, son casi 140.000 piezas, imposible de ver en una sola visita. Paseando por las limpias y tranquilas salas llenas de estatuas, sarcófagos y cerámicas no puedo evitar pensar en los malditos bárbaros que aprovechando los disturbios de la revolución, entraron en el museo a profanar momias y a destruir y robar los objetos aquí contenidos. Resulta paradójico que los salvajes que pulverizan joyas arqueológicas como los budas de Bamiyán, las ruinas de Palmira, la biblioteca de Tombuctú o los grabados asirios de Nimrud estén dando la razón doscientos años después a los arrogantes arqueólogos europeos del siglo XIX.

La pieza más importante de todo el museo es la sala de Tutankamón, el único faraón de los 60 que hubo cuyos restos han sido hallados. El egipcio más famoso del mundo fue en realidad un monarca de segunda fila, endenque e irrelevante en vida, que reinó menos de una década y murió a los 18 años de edad. Pero el hallazgo de su tumba intacta en 1923 por un aristócrata inglés, Lord Carnavon, y su ayudante, Howard Carter, le garantizó la posteridad. No solo por la importancia del descubrimiento científico sino por la leyenda de su maldición. Según algunas fuentes, en el umbral de la cámara mortuoria estaba inscrito: "La muerte rozará con sus alas a todo el que toque el faraón".

Lord Carnavon moriría poco tiempo después del hallazgo. Le seguirían al otro mundo su hermano, presente en la apertura de la tumba, su esposa, el que radiografió la momia, un científico canadiense que estudió la cá-



mará y hasta la secretaria de Carter. La prensa sensacionalista entró a saco en el morboso tema y elaboró la atractiva teoría de La maldición del faraón, para chufia del verdadero descubridor de la cámara: Howard Carter, quien moriría casi dos décadas después, a la provecia (para los estándares de 1939) edad de 64.

LAS PIRAMIDES

Las pirámides de Giza están dentro de la misma ciudad, pero llegar a ellas es una odisea. El tráfico ya me exaspera. Tardo casi una hora y media en alcanzar la entrada. La cola es larguísima. El turismo ha bajado pero aun así la atracción del antiguo reino de los faraones es muy poderosa. El precio es asimismo muy alto y vamos todos en manada, pero resulta increíble encontrar este trozo de desierto en mitad de la urbe. Conduzco hasta una loma alejada un par de kilómetros. Desde allí se tienen las mejores vistas al atardecer. La horda se disputa el sitio para tomar fotos. Las más habituales son las del rubio o rubia de genotipo anglosajón con la mano extendida y haciendo como que sujeta sobre su palma la base de la asombrosa construcción. Es el mismo juego óptico tan repetido que cansa del turista que soporta la torre de Pisa para impedir su caída.

Las tres pirámides de Keops, Kefren y Micerinos se yerguen sobre el páramo. La primera es la más grande, data del 2570 adC y aunque Herodoto asegura que se construyó como tumba del faraón, no se encontró su momia en ella cuando se accedió ¿por primera vez? a la cámara del rey. La pirámide, construida con más de seis millones de bloques de piedra con un peso de medio de dos toneladas y media, se erige como un enorme bulto ocre en el páramo rodeada de hormigas, que somos nosotros. Pero no siempre fue así. Antes estaba recubierta de lajas de brillante color blanco, hasta que los turcos otomanos las retiraron para edificar en El Cairo.

Cerca se haya la pirámide de Kefren. Tampoco se halló la momia del faraón puesto que cuando el saqueador italiano Belzoni, un gigantón que se ganaba la vida en espectáculos circenses de forzudos, la abrió en 1808 solo encontró en el sarcófago unos huesos de vaca y la burlesca inscripción del ladrón árabe que se le había adelantado. La tercera y más pequeña y reciente es la de Micerinos. La cara norte presenta una enorme brecha, abierta por un descendiente de Saladino para usar la pirámide como cantera. El sarcófago encontrado en su interior tampoco era el del faraón, lo que como siempre ocurre con todo lo que tiene que ver con el antiguo Egipto ha generado miles de teorías y elucubraciones científicas y esotéricas.

Contemplándolas siento de pronto que ha valido el esfuerzo llegar hasta aquí. Noto algo asomarse a mí

cara. ¡Es una sonrisa! Estoy sonriendo, carajo. Por fin siento un poco de sincera alegría por viajar desde que he pisado Egipto. Me doy cuenta repentinamente que el mal humor y la tristeza del país se me estaba contagiando, amargándose el comienzo de la gran aventura de mi vida. Tengo que impedir que la maldición de Tutankamon, Nasser y Mubarak me infecte a mí también. Me estoy ahogando en El Cairo. Necesito aire, libertad y también enormes dosis de belleza milenaria como la que tengo delante. He de salir cuanto antes de la ciudad rumbo sur. Sin poder evitarlo, comienzo a correr. Toso y escupo alguna flema, pero no me detengo. Rodeo una a una cada pirámide para emborracharme de su energía. Me convengo mientras lo hago de que realizar un círculo completo supondrá recargar mi alma con el influjo mágico de las pirámides y que eso me curará de mi intoxicación alimentaria. Los guías y turistas me observan estupefactos, pero yo siento como si cada paso que diera en el polvo fuera un escalón más en la subida a la salud y al optimismo.

—¡Sí-exclamo—, este es mi viaje soñado! ¡La vuelta al mundo en moto! Y nadie me lo va a amargar, ni siquiera tú, maldito Tutankamon. ■

